

de los grandes y de los guerreros, doscientos sacos de cacao, cuarenta pieles de tigre y ciento sesenta aves de la especie y colores que se les señalaba. Oajaca (entonces Huaxjacac), Coyolapan, Atlacuechahuajan y otros pueblos de los zapotecos, cuarenta láminas de oro de determinada anchura y espesor, y veinte sacos de cochinilla. Otros pueblos, entre ellos Tlachquiuhco, Ajoytlan y Teotzapotlan, veinte vasos grandes llenos de oro en polvo. Tochtepec, Otlatitlan, Cozamalloapan, Michapan y otras poblaciones sobre la costa del Seno Mejicano, pagaban, además del crecido número de ricas telas y vestidos de algodón, de los sacos de cacao y del oro, veinticuatro mil manojos de brillantes plumas de diversos colores, dos cadenas de esmeraldas de las mas finas, cuatro de menos calidad, veinte pendientes de ámbar guarnecidos de oro, igual número hechos de una materia parecida al cristal, cien cántaros de liquidámbar y diez y seis mil pelotas de goma ó resina elástica. Tepeyacac, Quecholac, Acatzinco y diversos lugares de aquel contorno, cuatro mil sacos de cal, cuatro mil cargas de gruesas cañas para la construccion de casas, igual número de mas pequeñas para hacer dardos, y ocho mil cañutos llenos de materias aromáticas. Varias poblaciones meridionales de países calientes, en que se contaban Malimaltepec, Tlalcozauhtitlan, Olinallan, Ichcatlan y Cualac, pagaban seiscientas tazas de miel, cuarenta lebrillos de gran tamaño de ocre amarillo para la pintura, ciento cuarenta hachas de cobre, cuarenta láminas redondas de oro, diez medidas pequeñas de azul fino y una de azul ordinario. Cuernavaca, llamado en lengua azteca Quauhuahuac,

Panchimalco, Atlacholoajan, Jiuhtepec, Huitzilac y otros lugares de la nacion thahuiqueña, diez y seis hojas grandes de maguey para la escrito-pintura y cuatro mil tazas grandes, llamadas *xicalli*, pintadas de rojo y amarillo, hechas de la cáscara de ciertas frutas semejantes á las calabazas, que se dan en árboles de poca altura en las provincias cálidas de Méjico (1).

Algunos pueblos, entre ellos Cuatitlan, entonces Quahutitlan y Tehuillojocan, contribuian con ocho mil esteras y número igual de sillas; Jilotepec y Michmalojan, pertenecientes á los otomites, además de algunos de los productos propios de su territorio tenian que entregar anualmente cuarenta águilas vivas. Los matlatziques, no solo tenian que pagar el fuerte tributo que se les impuso por el rey Axayacatl cuando les sujetó al imperio azteca, sino que tenian la onerosa carga de tener que cultivar un campo de setecientas toesas de largo y trescientas de ancho, para proveer de víveres al ejército de sus conquistadores. Otros lugares contribuian con vigas, cal

(1) Los españoles llamaron al *xicalli* jicara, y con este nombre es conocido actualmente en toda la república mejicana. La fruta *xicalli* es grande y perfectamente redonda, de ocho pulgadas de diámetro; su corteza es dura, leñosa, de color verdioscuro, y sus semillas son semejantes á las de la calabaza; partida por la mitad, resultan dos tazas de bastante capacidad. Hay otra fruta llamada *tecomall*, de la misma familia, aunque de tamaño mas pequeño y de forma cilíndrica, de que tambien se hacen tazas ó vasos, dividiéndola por la mitad. Para dar brillante vista á esas tazas ó jicaras, les sacaban todas las semillas, y con ciertas sustancias minerales les daban un barniz permanente y oloroso de varios colores, especialmente rojo. Actualmente suelen platearlos y dorarlos y usan de ellos en los puestos en que venden aguas frescas como horchata, chia y tamarindo.



y piedra para la fabricacion de los edificios de los emperadores; no pocos con leña, aves, sal, pescado, legumbres, venados, pieles de tigre, y cuanto, en fin, producía cada provincia conquistada, así de la naturaleza como del arte. Algunas de las tribus sujetas al imperio azteca pagaban su tributo, según asegura el veraz soldado Bernal Diaz del Castillo, con indias y con indios. La plebe no solo se encontraba agobiada con el peso de los excesivos tributos, sino que contribuía además con su trabajo personal al lujo y grandeza de los reyes, de los señores y de la nobleza. Ella cultivaba, sin estipendio ninguno, los campos de la corona, de los ministros del culto, de los grandes y de los nobles, atendía á los jardines reales, construía palacios para los monarcas y se hallaba puesta siempre á la disposicion de esas clases privilegiadas; los pueblos próximos á la capital tenían obligacion de enviar toda clase de materiales para la construccion de los edificios pertenecientes á la corona y el número suficiente de operarios, sin que por el trabajo de éstos ni por el envio de aquéllos recibiesen paga alguna. El pueblo no tenía propiedad rústica: los terrenos que labraba particularmente pertenecían á la comunidad, y ningun noble podía vender, dejar, ni dar á ningun plebeyo finca alguna de su pertenencia.

Los emperadores aztecas vendían como esclavo al que no podía pagar el tributo. La ley relativa á los exorbitantes tributos era terrible, pues el desgraciado que no podía pagar la parte que le estaba asignada era vendido como esclavo, cobrando así el Gobierno, con lo que el comprador daba por el individuo vendido, lo que éste adeudaba al erario. En

armonía con esa ley inflexible y dura se hallaba la alternería y el despotismo de los encargados de cobrar los impuestos, pues parecían complacerse en aumentar la desventura de los que carecían de medios para pagar el tributo impuesto. A fin de asegurar la posesion de los

Las naciones indias conquistadas por los emperadores aztecas, daban rehenes para asegurar lo conquistado. reinos conquistados, en cada capital de las provincias tributarias había una numerosa guarnicion mejicana, y los principales señores de los pueblos conquistados estaban obligados á residir en la corte de los emperadores aztecas ó á dejar en rehenes sus hijos cuando se ausentaban con licencia. De esta manera, en el instante que se indicaba la rebelion en alguna provincia sometida marchaban á sofocarla los demás estados tributarios próximos á ella, resultando de esta disposicion perfectamente

meditada de los conquistadores aztecas, la sumision de todos los Estados, pues cada uno temía que se lanzasen sobre él las tribus colindantes si trataba de recobrar su perdida libertad. Cada una de esas naciones conquistadas era no menos valiente que la mejicana; pero ésta, unida con firme alianza á Nezahualcoyotl, rey de Texcoco, venció á la belicosa nacion tepaneca, apoderándose de Azcapozalco y Coyohuacan, y engrandecida con esta primera conquista, pudo continuar las otras, presentando ejércitos mas numerosos que cada uno de los demás cortos reinos del

Que las demás naciones de Anáhuac no eran menos valientes que la mejicana. Anáhuac. Que no eran menos valientes las naciones que fué dominando, se ve en las sangrientas batallas que por agua y tierra tuvo con los intrépidos chalqueños, que, si al fin sucumbieron, no fué por menos intrepidez, sino porque



se vieron acometidos por los ejércitos mejicanos, del rey de Tacuba y del monarca de Texcoco. Igual valor demostraron las tribus que poblaban el valle de Toluca y los bravos habitantes de Atlisco, y su conquista costó mucha gente á los emperadores aztecas. Por eso, para sujetarlas y evitar que se sublevasen, ponía fuertes guarniciones en ellas, obligaba á sus señores á que viviesen en la capital de los conquistadores, las tenía aniquiladas con tributos y se manifestaba terrible en sus castigos contra los pueblos que empuñaban las armas para recobrar su independencia. Los pueblos conquistados sufrían el yugo azteca porque componían diversas naciones que entre sí mismas se odiaban. Los excesivos tributos que pagaban al rey de Méjico, unidos á los despojos de las continuas guerras y grandes regalos que enviaban los gobernadores de las provincias y los señores feudatarios, empobrecía á los pueblos sometidos y formaba el fausto de los monarcas aztecas y de su corte. Pero solo de los monarcas, de los nobles y de los sacerdotes, pues la clase del pueblo ningún bien sacaba de esas conquistas. La plebe, así la conquistadora como la conquistada, no tenía voluntad propia: lo que disponían sus señores y sus caciques, eso se hacía. Ni aun para después de la muerte se les concedía á los plebeyos iguales dichas que á los de las clases privilegiadas; el alma de un hombre del pueblo no podía habitar, en la otra vida, según su doctrina de transmigración, sino los asquerosos cuerpos de las sabbandijas, de los sapos, de los escarabajos y de los reptiles más inmundos, mientras las de los nobles guerreros volaban á habitar el brillante alcázar del esplendente sol,

los cuerpos de las aves de brillante plumaje, ó las blancas y oscilantes nubes de vistosos colores siempre hermosas y transparentes (1). Cuando por desgracia aparecía alguna vez el hambre, por haber faltado la cosecha del maíz, principal alimento de aquellos pueblos, los hombres y las mujeres de la clase plebeya marchaban á otras provincias que habían cosechado, y vendían su libertad por el alimento de dos ó tres días, quedando esclavos del que les había dado el sustento. En tiempo de Moctezuma I, el año de 1452, el monarca azteca, no pudiendo aliviar la miseria de sus vasallos y sabiendo que se vendían por el sustento de cuarenta y ocho horas, publicó un bando en que mandó que ninguna mujer se vendiese por menos de cuatrocientas mazorcas de maíz, y ningún hombre por menos de quinientas (2). Esta facilidad para privarse de la libertad personal provenía de la desgraciada condición en que los caciques y los señores tenían al pueblo, á quien de buena fé creían inferior en alma y condiciones, puesto que la misma religión que profesaban colocaba al plebeyo en la otra vida habitando, como he dicho, los cuerpos de los reptiles más inmundos. El mismo pueblo, que no conocía otra doctrina que la expresada, ni otras naciones en que la plebe no se hallase en las mismas tristes condiciones, juzgaba que el penoso estado en que le había colocado la suerte, era el que real-

(1) El lector puede ver lo relativo al lugar destinado á las almas en el tomo I de esta obra, desde la página 519 hasta la 521.

(2) Clavijero, *Historia antigua de Méjico*, lib. IV, cap. XI, pág. 86.



mente le correspondía. La esclavitud individual había

La esclavitud en los países de Anáhuac antes de la llegada de los españoles á Méjico. venido á ser para los que no pertenecían á la nobleza, una condicion que les afectaba muy poco. Las leyes mismas relativas á este punto, contribuían á ello. Los padres que

carecían de recursos podían vender alguno de sus hijos para remediar así su necesidad, y todo hombre libre podía venderse para el mismo fin (1). Había tres clases de esclavos, que eran: los prisioneros de guerra, aunque por lo comun eran sacrificados á los dioses; los comprados á precio, y ciertos malhechores que en pena de sus delitos se les reducía á esclavitud (2). El comercio de esclavos de ambos sexos era considerable en todas las plazas de mercado. Bernal Diaz del Castillo, testigo ocular, al descubrir las diversas mercancías que se vendían en la espaciosa plaza de Tlatelolco, dice al hablar de los esclavos que se llevaban á vender á ella, «que eran tantos como llevaban los portugueses los negros de Guinea, é traíanlos atados en unas varas largas con collares á los pescuezos

El comercio de esclavos era honorífico entre los aztecas. porque no se les huyesen, y otros sueltos» (3). Había, por desgracia, un motivo poderoso para que el número de esos desgraciados fuese considerable, y es que el comercio de esclavos estaba considerado entre los aztecas como un tráfico honorífico, y, en consecuencia, eran llevados á las ferias mas concurridas, como la que se celebraba periódicamente en

(1) Clavijero, *Historia antigua de Méjico*.

(2) Ídem, *idem*.

(3) Se les ponía collar á los esclavos fugitivos ó viciosos.

Azcapozalco para la venta de ellos. La plebe, como se ve, acostumbrada á considerarse inferior á las demás clases, aun hasta despues de la muerte, y siendo su suerte en todas las luchas la de ser esclavo ó conducido á la piedra de los sacrificios en caso de caer prisionero, miraba la esclavitud con la mayor indiferencia, puesto que el precio de su libertad estaba valorizada por sus mismos emperadores en quinientas mazorcas de maíz.

Ni aun para cargar en sus hombros las ricas andas en que salían á las fiestas religiosas y paseos los emperadores aztecas, se juzgaba digna á la desgraciada plebe. Personajes nobles y distinguidos eran los que conducían la régia carga, y mientras las personas de elevada posicion que se encontraban en la calle cuando el monarca pasaba volvían el rostro para no cometer el desacato de mirarle, y los individuos de la nobleza que acompañaban al soberano marchaban detrás de dos en dos, arrimados á la pared para manifestar respeto, sin levantar los ojos del suelo, con la cabeza inclinada, humillado el cuerpo y despojados del calzado para no molestar con el ruido de sus pisadas los oídos régios, los individuos pertenecientes al pueblo se postraban en tierra mientras pasaba el monarca.

Origen de la humildad de la plebe india, y error en que algunos escritores han incurrido atribuyéndola á la conquista por los españoles. Esa inferioridad con que los reyes, los señores, los nobles y los caciques miraban á la plebe, la obligacion en que ésta se hallaba de construir los palacios de sus gobernantes y mandarines, así como de cultivar sus tierras, y el número considerable de esclavos que cada uno de aquéllos tenía, dejaron impreso en el indio ese carácter humilde y dócil que en la



clase indígena se advierte, y que algunos escritores han creído, erróneamente, que es consecuencia de la conquista del imperio azteca por Hernan Cortés, pues juzgan que los indios fueron antes altivos y arrogantes. No: eran valientes, pero humildes; despreciaban la muerte, pero eran sumisos; no conocian superior en valor, pero sí en nacimiento. Sufridos, frugales, serenos en el peligro, callados, obedientes y subordinados, los indios eran, como son actualmente, excelentes soldados que sabian y saben morir donde se les manda, y marchaban y marchan, sin temor al peligro, al sitio á que se les conduce, pero sin ostentacion, mas con el aspecto de la obediencia que con el aire de la arrogancia. La altivez, la indómita fiereza residian en los monarcas, en los magnates, en los capitanes, en las clases privilegiadas. La plebe, acostumbrada á obedecer á su señor, admitia lo que éste disponia, y cuando el señor, porque no tenia poder para resistir á otra nacion contraria, se declaraba tributario de ella, sus vasallos admitian la disposicion sin elevar una sola voz en contra. La mayor parte de las cortas naciones de Anáhuac habian sido, como hemos dicho, conquistadas por los mejicanos, y fueron constantemente sus tributarias. Si, pues, la conquista imprime en los pueblos la docilidad y el abatimiento, casi todas las del Anáhuac debian hallarse, antes de la llegada de los españoles á Méjico, en las condiciones que surgen de la dependencia hácia otra nacion.

Que los alimentos de la plebe india eran poco nutritivos antes Respecto de los alimentos que estaban al alcance de la gente del pueblo, nada podia ser menos suculento, reducido y frugal. Los

del descubrimiento de la América. vastos y magníficos terrenos, llenos de condiciones las mas propicias para la abundante produccion de todos los granos, semillas, legumbres y cria de ganados de que despues se ha visto enriquecido el país de una manera superabundante, entonces no producian, en su agricultura para el alimento del hombre, mas que maíz y alubia, llamada allí frijol, y para refrescar, la semilla conocida con el nombre de chia. No se conocia el trigo, el garbanzo, el arroz, la arveja, la almorta, llamada arvejon, las habas, los guisantes ó chícharos, las lentejas ni las patatas; no habia cebollas, ajos, lechugas, coles, coliflor, tomates ni zanahorias; no habia ninguno de los animales domésticos que pudiesen proveer de carne no menos necesaria para el alimento que para el desarrollo de las fuerzas físicas del hombre; se desconocia los toros, las vacas, los carneros, las ovejas, las cabras, los cerdos, las gallinas, y en consecuencia, la leche, la manteca, los huevos, el queso, el requeson, la morcilla, la longaniza, el chorizo, las albóndigas y todos esos nutritivos, sanos y agradables condimentos que resultan de las preparaciones hechas de esos importantes artículos, sin los cuales la sociedad viviria miserablemente, pues el maíz y la alubia, por sí solos y constantemente, sostienen, sí, la vida, pero están muy lejos de robustecer al hombre ni de poder hacer las delicias del paladar: sirven para que el individuo pueda vivir únicamente, pero de ninguna manera para robustecerle y hacer agradable el momento de sentarse á la mesa con su familia: comerá porque la necesidad lo exija, pero no disfrutará, en esa misma comida, el goce que compense, en parte, el asiduo trabajo y penalidades que sufre



para alcanzar el sustento. Cierto es que habia abundante caza de aves, de conejos y alguna de venados, así como la pesca de las lagunas; pero esa caza y esa pesca estaban

Los manjares dedicadas á la mesa de los reyes, de la no-suculentos solo estaban destinados á los reyes, el clero y la nobleza india. bleza y de los caciques, así como los pavos, que era la única ave doméstica que habia, y que los europeos desconocian. Solo en la mesa del emperador mejicano Moctezuma,

que comia solo, se servian trescientos platonos de toda especie de caza menor y de pescado que habia en el país,

Número de platos que le servian á Moctezuma. de los cuales solo tomaba algunos de los que apetecia: á los nobles y señores feudatarios que diariamente asistían á palacio se les

servia en seguida, aunque en otros salones, mil platonos llenos de las mismas exquisitas viandas, y era considerable el número de los destinados á la mesa de las hermosas jóvenes que tenia en su espléndido serrallo, así como el que se preparaba para la enorme cifra de criados. Los reyes, los nobles, los señores, los caciques y los sacerdotes eran, pues, los únicos que se alimentaban de las aves y liebres que para ellos cazaban sus vasallos; el pueblo, sumido en la mayor miseria, visto como inferior á la nobleza en cuerpo y en alma, no tenia mas alimento que el maíz y la alubia, y la única carne que comia era las piernas y los brazos de los prisioneros que hacia en los combates y que habian sido sacrificados al dios Huitzilopochtli. Cuando la cosecha del maíz escaseaba, ó los recursos del individuo no eran bastantes á conseguir ni aun ese corriente alimento, ya hemos visto que podian vender á alguno de sus hijos, así como ven-

derse ellos mismos por quinientas mazorcas de maíz los hombres, y por cuatrocientas las mujeres. A estas penalidades que pesaban sobre la desgraciada multitud, se añadia otra no menos terrible que provenia tambien de la falta de animales de carga. No se conocía el caballo ni el asno, y por lo mismo se empleaba á la plebe en llevar á costas, de un pueblo á otro, las mercancías, en conducir en hombros á los caciques y señores cuando viajaban, y en desempeñar todos estos ejercicios penosos que destruyen y matan. Este era, suavizando cuanto es dable las tintas del cuadro, el verdadero estado que guardaba la plebe indígena, antes de la llegada de los españoles al vasto territorio de Anáhuac. Por eso el venerable obispo Fr. Juan de Zumárraga, que consagraba á los indios un amor paternal, que escuchó de los labios de ellos mismos sus penalidades pasadas, y que desplegó siempre un celo evangélico por el bien de esa raza inteligente á la vez que humilde y valiente, decia, con mucha razon, al emperador Carlos V en una de sus cartas, que los indios, por carecer de las cosas que dejo referidas, era la gente mas miserable y desgraciada. Acaso esa misma carencia de animales para el sustento, era una causa que influia en la multiplicacion de los sacrificios de víctimas humanas para alimentarse de ellos.

Diferencia entre la pintura de los poetas y la verdad de la historia. Por eso cuando llego á recorrer las cautivadoras páginas escritas en cadencioso ritmo por los creadores poetas de fecunda imaginacion y las seductoras descripciones de los sentidos novelistas de rica inventiva, presentándonos á los sencillos indios columpiándose en vistosas hamacas